

13 de noviembre de 2022 - 33° domingo "C"

[Mal 3:19-20a](#); [2 Tes 3:7-12](#); [Lucas 21:5-19](#)

Homilía

Han pasado casi dos mil años desde que se escribieron las palabras que acabamos de escuchar, y muchas veces durante estos dos mil años los acontecimientos trágicos han parecido anunciar el fin del mundo. Primero fue la toma de Jerusalén y la destrucción del Templo, que parece ser lo que nuestro Evangelio anuncia primero. Luego, en Occidente, se produjeron las sucesivas oleadas de invasiones "bárbaras", que marcaron el fin de una sociedad; después la peste negra, que mató a dos tercios de la población de Europa; y, más cerca, las dos guerras mundiales, y desde entonces el peligro constante de un cataclismo nuclear.

En la escena internacional, los acontecimientos parecen dar una nueva relevancia a las palabras proféticas de Jesús: la fecha del 11 de septiembre de 2001, después de más de 20 años, sigue marcando la imaginación por el horror de tantas víctimas inocentes que murieron al mismo tiempo. Las mentes calenturientas (o fríamente calculadoras) de ambos bandos mantienen el fantasma de una guerra entre civilizaciones y culturas. La Franja de Gaza sigue siendo objeto de una violencia destructiva, y Ucrania sufre el mismo destino desde hace algunos años. En otros lugares, se sigue negando a naciones enteras el derecho a existir; otras naciones siguen siendo objeto de sanciones que privan a generaciones enteras de toda esperanza de futuro; se siguen perpetrando genocidios en varios continentes. Los actos terroristas aumentan en todas partes.

Parece que la propia naturaleza se interpone en el camino. Los terremotos naturales se multiplican, cada vez más violentos y devastadores, debido al cambio climático provocado por la actividad depredadora del hombre en el planeta Tierra.

¿Qué actitud debe tener el creyente ante todas estas situaciones? En primer lugar, está la recomendación de no tener miedo, que se repite en el Evangelio. Y en el Evangelio de hoy, está la llamada a la perseverancia: "Con vuestra perseverancia obtendréis la vida".

Un texto del rabino Abraham Jeshua Heschel podría servir de comentario a nuestro texto evangélico. Este texto fue escrito en Alemania a finales de los años 30, cuando casi todo el mundo, incluidos los principales filósofos, teólogos y obispos, se dejaba seducir por el misticismo nazi y seguía a Hitler, de la misma manera

que hoy nos dejamos seducir fácilmente por las "guerras santas" que chocan entre sí. Abraham Jeshua Heschel fue uno de los que, junto con Dietrich Bonhoeffer, comprendió pronto lo que estaba pasando. En una conferencia de 1938 ante un grupo de Quakers en Alemania dijo :

"Nunca ha habido tanta culpabilidad, angustia, angustia y terror. En ningún momento la tierra ha estado tan bañada en sangre. Los conciudadanos se han convertido en espíritus malignos, monstruosos y extraños. Avergonzados y angustiados nos preguntamos: "¿Quién es el responsable? Y parte de su respuesta fue: "No luchamos por la justicia y la bondad; en consecuencia, debemos luchar contra la injusticia y el mal. No nos hemos sacrificado en el altar de la paz y por eso debemos ofrecer sacrificios en el altar de la guerra. Y añadió: "La historia es una pirámide de esfuerzos y errores; y a veces es la Montaña Sagrada en la que Dios juzga a las naciones. Pocos tienen el privilegio de discernir el juicio de Dios sobre la historia. Pero si un hombre ha encontrado el mal, debe saber que se le ha mostrado para que descubra su propia culpa y se arrepienta, pues lo que se le ha mostrado también está en él.

Aquí tenemos una llamada a la conversión personal. Esta es también la llamada del Evangelio de hoy. El propósito de la profecía de Jesús no era asustar a la gente, sino invitarla más seriamente a una conversión del corazón.

Pocos están llamados a trabajar directamente para la solución de los problemas internacionales que he mencionado al principio. Pero todos estamos conectados y somos interdependientes. Cada vez que albergo cualquier resentimiento, sentimiento negativo o incluso odio en mi corazón o en mi vida hacia las personas con las que convivo o me encuentro, contribuyo a aumentar la cantidad de maldad en el mundo. Y cada vez que introduzco en mi vida el amor, la comprensión, la compasión, hacia mis hermanos y hacia todas las personas que encuentro, contribuyo a acelerar la victoria total de Cristo sobre todas las fuerzas del mal.

Armand Veilleux